"Virya"

Imp. Lines. A. Reyes | Cuarta Epoca | Apartado No. 568

AÑO XXIV | SAN JOSÉ, COSTA RICA, AGOSTO Y SETIEMBRE DE 1931 | Nº 82

¿CÓMO EXPLICAR EL UNIVERSO? LA CIENCIA SE HALLA EN UN ESTADO DE PERPLEJIDAD

Por Waldemar Kaempffert

(CONTINUACION)

EL IMPERIO DEL PURO AZAR

Podemos sólo decir que el electrón se halla probablemente en tal o cual posición o que tiene tal o cual velocidad. Según eso, no podemos nunca decir algo concreto del átomo y tampoco de un mundo compuesto de átomos. El puro azár impera. No tiene significado alguno en el átomo el concepto de causalidad. Con Heisenberg llegamos a un punto en que, como lo dice el Profesor Bridman, "el conocimiento debe detenerse por razón de la naturaleza del conocimiento". A medida que el físico penetra más hondamente, el mundo "lo elude y se desvanece por la jugarreta nada deportiva de convertirse en un sin sentido".

Conclusiones muy parecidas se desprenden de la concepción del átomo formulada por de Broglie, apoyándose en Einstein, y grandemente desarrollada por Schrodinger. Los electrones no se reducen a radiaciones sino a ondas. Tan fantástico como pueda parecer ésto, las ondas han sido fotografiadas, de manera que no pueden ser un mito matemático. Davisson y Germer de los Estados Unidos y G. P. Thomson de Inglaterra han demostrado que cuando se disparan electrones contra la superficie de un cristal, en forma adecuada, se obtienen manchas de difracción— prueba indudable de que hay ondas luminosas. Pero no está determinado en qué consiste la ondulación.

Ya sea que aceptemos el átomo de Shrodinger o el de Heisenberg, poco importa. En ambos casos "el electrón deja de tener las propiedades de una "cosa", como la concibe el sentido común", dice Bertrand Russell. "Es meramente una región de la cual la energía puede radiar". Si pudiéramos tomar una instantánea de un átomo obtendríamos una especie de mancha luminosa sin límites bien definidos. La materia de que se compone el universo se reduce a simples emanaciones de una región "la clase de influencias que caracterizan las casas encantadas y los cuentos de fantasmas", para citar de nuevo a Russell. "Toda clase de acontecimientos ocurren en este mundo físico, pero las mesas, las sillas, el sol, la luna y hasta nuestro pan cotidiano, se han convertido en pálidas abstracciones, en meras leyes que se expresan en la sucesión de acontecimientos que irradian de ciertas regiones".

Vemos a qué extremos se reduce la ciencia en su afán de explicar el universo. La luz se vuelve un compuesto de quanta o de disparos cuando se le estudia en una pequeña escala. Considerada en una escala astronómica o en la forma de radio (porque en el radio nos abocamos con la luz que nuestros ojos no pueden percibir) sólo la vieja teoría ondulatoria puede ayudarnos en nuestros esfuerzos para comprender lo que ocurre. Los electrones son considerados como balas, que dejan rastros en una placa fotográfica, como los que dejaría una bala. Por otro lado, Davisson y Germer, siguiendo las conclusiones de de Broglie y Schrodinger, producen pruebas fotográficas de que los electrones son solo ondas de algo.

Con el éter sucede lo mismo. Su historia es, en verdad, la evidencia de la perplejidad creciente de la ciencia. En su forma moderna, se sostiene que el éter es el que sirve para la trasmisión de la luz. La luz era un movimiento ondulatorio; para algunos propósitos todavía lo es. Nosotros no podemos imaginarnos una onda del oceáno sin pensar en el agua. De modo que el "éter luminífero" fué inventado para explicar lo que se movía cuando una estrella o una lámpara nos enviaba ondas. Se supuso que el éter era tan sutil que lo permeaba todo, aún los espacios interatómicos. Ningún gas era tan sutil como él. Por razón de su naturaleza no podía sometérsele a la experimentación. Pero a medida que se hacían nuevos descubrimientos (el radio, por ejemplo) se hizo necesario remendar el concepto del átomo. Ya era más ténue que el gas pero poseía las propiedades de la gelatina. Ya era de una naturaleza diáfana pero tenía mayor resistencia que el acero. Finalmente se le adornó con imaginarios garfios, surtidores, vórtices y otros mecanismos, que explicaban los hechos de la radiación y de la materia.

EINSTEIN Y EL ETER

El éter era tan real para el físico de hace veinte años como una silla; real en el sentido de que era indispensable para explicar el universo. Einstein ignoró el éter o, mejor dicho, lo encontró innecesario en la investigación del universo. Algunas de sus propiedades fueron transferidas al espacio de la teoría de la relatividad. Y, sin embargo, cuando no se puede explicar la radiación o la materia por medio de la quanta o por medio de los electrones, cuando se presenta el fenómeno ondulatorio, el viejo éter en alguna forma viene al rescate.

La verdad es que, cuanto más nos acercamos a la realidad, a la médula misma del universo (y, a pesar de su perplejidad jamás ha estado la ciencia más cerca de ella), más desconcertados nos hallamos. Tenemos que confiar en nuestros sentidos al investigar la realidad externa. Nuestras impresiones sensoriales las reducimos a formas matemáticas, de manera que tenemos una serie de símbolos que tienen significado sólo para unos cuantos matemáticos. Detrás de esos símbolos, hombres como Jeans y Eddington sienten la existencia de algo que no puede ser captado por lo que se llama la ciencia exacta. Posiblemente tenemos que desarrollar otros aspectos de nuestra naturaleza humana, si queremos penetrar en esas regiones.

EL METODO CIENTIFICO

Hemos adoptado el método científico porque es el más fácil. Se han necesitado cerca de un millón de años para desarrollar el método científico

hasta su perfección actual. Supongamos que nos fuera dado pasar otro millón de años desarrollando otros métodos, vagamente descritos como "intuiciones", "voces internas" y demás. ¿Veríamos más hondo? Eddington lo cree así.

Hay ciertamente otros métodos de aprehensión fuera de los científicos. Para Eddington nuestras curiosas vislumbres de la verdad, el despertar de algo en nosotros ante la presencia de una puesta de sol, la fe de los mártires religiosos que prefieren ser quemados vivos, ya no pueden ser rechazados porque no tienen nada en común con las maneras de investigación científica. Ellos adquieren un nuevo significado ante el "impasse" en que se encuentra la ciencia. Posiblemente los poetas y los videntes, que han tenido experiencias religiosas, pueden estar concientes, en forma muy vaga, de lo que se halla tras los conceptos matemáticos en que expresamos lo poco que conocemos del mundo ambiente. Eddington dice que: "El elemento espiritual en nuestra experiencia es el elemento creador". Ya se ha ido la vieja infalibilidad de la ciencia. En su lugar se halla una profunda humildad y deseo de considerar más seriamente que antes lo que se revela ante los ojos del alma.

(*Traducido del "New York Times" del 11 de enero de 1931*).

SONETO

(Envío de la autora)

Porque supe buscar y esperando creía.
al fin mostró la vida su místico sentido
y fué cada rumor y fué cada sonido
una nota divina de la inmensa armonía.

¡Belleza incomparable que el alma descubría!
¡Música universal vibrando en el oído!
Del corazón dichoso era cada latido
un himno de confianza y un grito de alegría.

Mis ojos asombrados miraban a Dios mismo
colmando plenamente todo el azul abismo,
átomo, luz y sombra y perfume y color.

¡Mi mano pequeñita pudo tocar el cielo,
acariciar los mares y bendecir el suelo,
que era Dios en mi pecho viva llama de amor!

CLAUDIA LARS

HIMNO A LA VIDA

(Del Repertorio Americano)

¡Alma, lira celeste, divina llamarada,
arde y vibra, proclama la belleza infinita
de la vida que luce en toda cosa creada,
canta sus maravillas y tu deleita grita!

Disuélvete en la luz, espárcete en el viento,
riégate sobre el polvo, entre yerbas y flores,
mézclate a las fragancias y sube al firmamento
por la escala esplendente de los siete colores.

En la aurora de nácar, en la tarde escarlata,
de alegre mediodía bajo el sol deslumbrante,
en la noche callada, en la noche de plata,
sé nota en la armonía suprema del instante.

Y en comunión perfecta con los seres y cosas,
¡alma, vibra en la esencia vasta del Universo!
¡Tenga el cuerpo de barro dos alas milagrosas
y que su boca diga el gozo de tu verso!

Canta los astros todos que alumbran el espacio,
—mundos de vidas llenos y de amor encendidos—
estrellas de diamante, luceros de topacio...
los que admirar podemos, los que están escondidos...

Canta el inmenso vientre fecundo de la tierra
y la oscura semilla que germina en su fondo.
Canta el mar y la playa, canta el valle y la sierra
y el lago, entre el boscaje, tan tranquilo y tan hondo.

Del agua saltarina canta el traje de espuma,
del pececillo inquieto canta el giro gracioso,
dí, del ala del pájaro la finísima pluma
y la patita arisca y el pico prodigioso.

Asómbrete la ninfa creciendo en el pantano
y en la grieta del muro la frágil campanilla;
contempla los capullos rosados del manzano
y de la dalia fresca la corola sencilla.

Mira cómo la fruta se esponja y se madura,
cómo se va tiñendo su piel de tercipelo,
cómo su suave pulpa se llena de dulzura
y es un nuevo milagro bajo el palio del cielo.

Oye al insecto rubio... de amor nos va contando
con su antena traviesa y su ronco zumbido.
Amor que riega el polen y en el lodo está creando
y prende entre las zarzas la pajita del nido.

Escucha... trae el viento los más suaves rumores...
Se enciende la mejilla de la niña modesta...
Primavera ha llegado... Son las horas mejores
y el corazón dichoso se ha vestido de fiesta.

Y los amantes van, las manos enlazadas,
envueltos en extraño y bello resplandor,
con la ilusión más dulce brillando en sus miradas
bajo el mágico encanto del gran poder creador...

Después... Tras de los montes va saliendo la luna
y como de ternura la tierra se ha llenado...
¡Arrullo de las madres para el hijo en la cuna,
que el amor y el dolor de su carne han formado!

Y es como un ala blanca que sin esfuerzo sube,
y se torna en el aire la música más bella:
flota por el ambiente, atraviesa la nube,
y pasa por el sol y sigue por la estrella,

y así, siempre adelante, por todo el infinito,
—un corazón tan sólo y tan sólo una voz—
un tan unido anhelo que, temblando en un grito,
llega, vibrante y puro, hasta los pies de Dios.

Y esperanza y dulzura y alegría y promesa
—por la fuerza y la gracia de aquel amor profundo,
bajan, como una luz que acaricia y que besa
las frentes inocentes de los niños del mundo.

Y por ellos alumbra tras de la noche el día,
y tiene toda cosa sabia razón de ser.
¡Almáciga de ensueños, voluntad y energía,
la vida entre sus manos volverá a florecer!

Así, jamás termina el divino misterio,
—que es eterno el espíritu y es eterno el amor—
y de la podredumbre misma del cementerio
saca la vida nueva una carne mejor.

¡Alma, por el prodigio de haber visto y gustado
la vida en su belleza, suelta alegre tu verso!
¡Alma, por el deleite de haber, así, vibrado
en perfecta armonía con el vasto Universo!

CLAUDIA LARS

Costa Rica, Julio del 30.

ALOCUCIÓN

Hermanos:

No quiero dejar pasar en silencio este acto aparentemente falto de importancia.

La transmisión de un cargo, sobre todo el del primer cargo en una asociación, cualquiera que sea su orientación y su tendencia, está presidido por fuerzas, intenciones y fines que en cada caso se adivinan o suponen concordantes. En nuestra asociación estas fuerzas, intenciones y fines, son esencialmente espirituales y su influencia poderosa, decisiva y concluyente, se manifiesta en acción si conscientes de ella le abrimos nuestra mente para seguirla en su corriente renovadora del espíritu. Cuanto mayor sea nuestra capacidad receptora de esa influencia, mayores serán los beneficios que recibamos y hagamos.

El renunciamiento a ambientes contrarios al ambiente que debe envolver constantemente a las Logias Teosóficas, hace que estas aumenten sus posibilidades de expansión y se inicien, desarrollen y crezcan en los asistentes, las facultades de percibir, sentir y comprender que precisa poner en juego para poder adelantar en la senda de la perfección. En las Logias esta actitud mental se impone como una norma de conducta; pero no es una norma exclusiva de las Logias. Si no hacemos lo mismo fuera de las Logias, nuestra labor será confusa e incompleta, pues en ninguna parte, en ningún sitio del mundo, sea cual fuere el ambiente que prive en ellos, debemos dejar de emitir mentalmente la intención sana de mejorar y mejorarnos sosteniendo firme el propósito de avanzar siempre obedeciendo la consigna de no perder de vista la divisa de ser hoy mejores que ayer y mañana, mejores que hoy como medio de comprender y de sentir el Supremo objeto de la vida.

Nuestra actitud mental es el telar de nuestra propia responsabilidad. Cada uno, separadamente, teje su propia vida y contribuye, directa o indirectamente, a la formación del karma de los demás. Y, aún cuando ya sabéis esto, quiero recordaros que el karma de una Logia está en manos de sus miembros y que son éstos, colectiva e individualmente, responsables de su existencia y de su labor. La responsabilidad no de uno ni de dos: es de todos. No creais que soy yo el único responsable de su futuro. Cada uno de los miembros tiene igual parte de responsabilidad en el desarrollo de los trabajos que he de emprender en beneficio del núcleo, y corresponderá a todos, también por igual, el éxito que alcancemos en este período que me ha tocado en suerte dirijir. Por cierto que habréis observado que no he hecho mención de la bondad de vuestros votos dándoos las gracias por haberme distinguido con vuestra confianza. Dar las gracias y agradecer la elevación al cargo más visible de la Logia, es una costumbre cortés a cuyo márgen yo me pongo porque no gusto de adelantar sentimientos a la incógnita. La gratitud, en este caso, no puede manifestarse porque aún no ha sido formada: está en brote. Yo agradeceré intensamente la bondad de vuestra elección cuando yo vea el resultado efectivo que deseo de vuestra labor. No basta que encendáis o avivéis el fuego, necesitáis aprovecharlo para que os sea útil. Yo tengo el mejor propósito de hacer mucho para satisfacer vuestra esperanza y mi aspiración a la Presidencia de esta Logia, y depende más de vosotros que de mí, el que

ese propósito rebalse en hechos beneficiosos para el grupo. Yo voy a poner a prueba vuestras palabras y la verdad de vuestro entusiasmo, pulsando su intensidad desde la sesión del próximo viernes, en la que tendréis también oportunidad de estimar y de medir mi programa de trabajo.

Para lograr una mayor eficiencia estimo que debemos tener, ante todo, una idea más amplia y completa de nuestra actividad. Como principio del esfuerzo en pro del mañana, debemos confesar, plenos de pena, que ninguno de nosotros ha puesto, enérgicamente, concurso alguno digno de imitarse. Hemos permanecido, desde hace años en un estacionarismo aplastante. Y estacionarse es ponerse en aptitud de regresar. Si comparamos nuestra actividad pasada con la actividad ascendente de otras entidades similares, tendremos que ver, necesariamente, que nuestra apatía y falta completa de sinceridad y de entusiasmo nos ha hecho perder muchos peldaños de la escala. No es esta la hora de las recriminaciones ni de los lamentos; pero sí es indispensable hacer esta condensación del inventario de nuestras actividades, para que la pasividad que nos ha distinguido se transforme desde ahora en una expresión de nueva vida que nos traslade a un plano de conocimiento que nos haga actuar de un modo distinto al de ayer. Nuestra actividad debe traducirse desde hoy en una inacabable inquietud espiritual de estudiar, de buscar, de laborar y de progresar.

El deseo de hacer ha estado distante de nosotros y por eso no hemos sido buenos receptores del pensamiento de los núcleos que en otras partes trabajan. Callar los defectos que minan nuestro organismo social, es rebelarse contra la verdad, y la verdad es lo único que puede conducirnos triunfalmente al conocimiento de los resultados de nuestra forma de actuar. No debemos, pues, rehusar decirla ni oirla. La verdad siempre hiere o mortifica por muy suavemente que se diga a quienes no saben que la verdad es el otro espejo que necesitamos para vernos por detrás. Nadie se conoce a si mismo tanto como nos conoce el amigo, el hermano o el vecino que nos trata, nos estudia y nos critica. No hay quien se mire bien la espalda sin la ayuda de dos espejos. Y son el amigo, el hermano o el vecino franco y leal, quienes pueden decirnos como es la parte nuestra que no nos vemos ni conocemos. Depende de la sinceridad de su revelación el que nos pongamos en camino de la salud moral que procuramos. La sinceridad para consigo mismo es la más difícil de todas las sinceridades, y si no tenemos fuerzas ni valor bastantes para conocernos y juzgarnos, entreguémonos valerosamente al examen y juicio de los otros, y sin defendernos de los cargos ni espantarnos de las máculas que nos descubran, tomemos los términos de su crítica, de su juicio y de su examen, como una fórmula de corrección, porque la mejor manera de destruir una mala opinión, es no dar lugar a que se nos juzgue dignos de ella. Al amparo de la verdad abrigo un cierto optimismo de nuestra futura labor. Presiento que contaré con la colaboración entusiasta y decidida de todos los hermanos, sobre todo, con la de los que han creído y creen en que mi aspiración a este puesto ha tenido por origen un anhelo de marcha y movimiento, aún cuando la aspiración a un cargo no siempre revela aptitud, capacidad y comprensión en quien aspira, ni justifica, en muchos casos, el esfuerzo desarrollado para llegar a realizarla. Yo carezco, y lo se perfectamente bien, de las cuali-

dades de atracción, modestia, instrucción y capacidad receptiva que deben distinguir al que pretende encauzar o seguir un cauce de fuerzas espirituales ascendentes. No tengo, y es esto mi conocimiento y mi justicia, ninguna facultad que me permita percibir la armonía del paso de los Maestros ni la visión de su presencia. Nada grande hay en mí, excepto mi deseo de servir; pero confío en que venciendo una torpeza hoy y otra torpeza mañana con la fraternal y enérgica ayuda de todos, acabaré por ser un poco más útil de lo que creo y he pensado ser.

La aspiración es natural y no debe ocultársela jamás tras el biombo de modestias aparentes. El que queriendo no dice: "quiero", es como el sediento que no pide agua porque espera que se la ofrezcan, y si se la ofrecen y cortésmente la rehusa, es porque quiere, además del agua, su poquito de azúcar y su poquito de pan en forma de súplica y de insistencia para que se piense o se diga que acepta por complacencia y únicamente por hacer un favor. La aspiración debe francamente expresarse. Las leyes positivas la conceden como un derecho para evitar precisamente que se simule lo contrario. Dentro de la estructura espiritual de las asociaciones de carácter altruista como la nuestra, no existe la aspiración como un derecho sino como un deber, porque "derecho" es la facultad concedida para exigir, y "deber" es la obligación espiritual de servir. Yo creo haber cumplido tendiendo a la conciencia de los hermanos mi aspiración a servir. Ahora corresponde a esos mismos hermanos darme las facilidades de servir.

Entiendo que esa facilidad que pido encierra, como vehículo de justas rectificaciones a los posibles errores en que desgraciadamente incurrimos con frecuencia, el sentimiento de tolerancia que enmarca nuestra libertad de pensamiento. Tolerar no es ceder terreno ni es declararse inactivo o quieto ante el error de los demás. Tolerar es sencillamente no indignarse, no encolerizarse, contra quienes no piensen o creen u obren como nosotros. Tolerar es estar y vivir en actitud de oir, estudiar y discutir, dentro de la más perfecta cortesía y de la más amplia consideración que estamos obligados a dispensar y a dispensarnos, las ideas nuestras y las ideas de los demás. El discernimiento en la única tribuna que debe utilizarse para convencer. Si un individuo, ampliando la expresión bellísima del autor de *El Erial*, nos dijera, agobiado por el dolor, por la decepción o por la pena, "No veo a Dios por ninguna parte. Lo busco y no lo encuentro", no deberemos hacerle lo que Abraham hizo al caminante ni deberemos discutir con él lo indiscutible. Deberemos decirle, elevando nuestro espíritu a la más alta tolerancia, "Hermano, yo no puedo definirte lo indefinible ni hacer que veas lo invisible ni traer a Dios de la mano para que lo conozcas porque nadie lo ha visto ni tocado ni definido; pero sí puedo decirte con amor: "Ven! Vayamos hacia El. Este es el camino!" Y llevarlo, llevarlo con nuestro discernimiento de la vereda al camino, repitiéndole cada vez que le observáramos cansancio en el andar: "Está lejos. Tenemos que subir muchas cumbres todavía; pero sigamos adelante, pronto sentiremos SU presencia". Y si salvadas las primeras altas cumbres nos preguntara ansioso de llenar sus ojos, "¿Cuándo llegaremos? ¿Lo veré así como estoy viendo aquélla nube, aquélla montaña y aquélla estrella?", le responderíamos, como orando por sus dudas: "Ya estamos cerca y LO SENTIRAS. Cuando lo SIENTAS lo verás

EN TI MISMO, lo encontrarás en TI MISMO".

La tolerancia, hija del discernimiento y de la serenidad, no se indigna: toma suavemente al error de la mano, y lo conduce a la VERDAD, sin violencia y sin ira.

Hace tiempo que leí en una revista argentina una preciosa leyenda de Paley sobre la tolerancia que no quiero dejar de referirla.

"Aconteció que Abraham estaba una tarde sentado a la puerta de su tienda antes de ponerse el sol. Y vió venir a un hombre, encorvado por los años, apoyado en su báculo, que fatigado de cansancio tropezaba con las piedras del polvoriento camino. Abraham se levantó y generosamente se dirijió hacia el viajero para brindarle su tienda y lo ayudó a andar. "Entra, le dijo, te lo ruego. Siéntate, lávate los pies, descansa en mi lecho y pasa aquí conmigo la noche para que puedas continuar mañana tu camino". El hombre negóse a aceptar el albergue que Abraham le ofrecía, diciéndole: "No, no entraré a tu tienda. Descansaré bajo aquel árbol y bajo sus ramas pasaré la noche". Entonces Abraham, desconsolado, le renovó con insistencia su ruego, hasta que logró que el anciano entrara en su tienda, se lavara los pies y descansara en su lecho. Abraham, contento del bien que hacía, coció pan sin levadura, fué a la fuente por un jarro de agua fresca y clara y compartió con su huésped el pan y el agua. Cuando hubieron terminado, Abraham notó con desagrado que el hombre no se postró para darle gracias a Dios por el pan que había comido e indignado le preguntó: ¿Por qué no alabas al Señor Dios Todo Poderoso Creador del Cielo y de la Tierra? Yo, le contestó el hombre, no alabo al Dios de que me hablas ni invoco su nombre porque no habita en mi casa. Y sucedió entonces que Abraham, encendido en cólera, violentamente arrojó de su tienda al hombre diciéndole: "Vete, mal hombre, y no vuelvas a comer ni a entrar ni a descansar en la tienda de un creyente". Entonces el hombre, venciendo su cansancio, tomó su báculo, salió de la tienda y callado siguió su camino hacia el desierto. Satisfecho Abraham de haber castigado así la irreverencia del viajero, dió gracias a Dios por la ocasión que de manifestarle su celo le permitía y se durmió tranquilo después de orar un largo rato. A la media noche, cuando Abraham soñaba envuelto en el silencio, Dios lo llamó y le dijo: "¡Abraham! ¡Abraham! ¿dónde está el extranjero?" Y Abraham le contestó: "No reverenció Tu Nombre, ¡Señor! ni lo invocó y lo arrojé de mi presencia en desagravio Tuyo!" Y Dios, al oirlo, alzó Su Mano en actitud de reproche por la acción y le dijo: "!Cómo! ¡Abraham! ¿Es así cómo Me Honras? ¿No miras que Yo he dado a ese hombre ciento noventa años de vida; por lo visto y le he dado el alimento por tu mano y que le doy el fruto de los árboles, la sombra de sus ramas, el agua de las fuentes y que lo defiendo de los peligros del desierto, de las montañas y de los bosques a pesar de su rebeldía contra Mí, y no puedes tú, que también eres pecador, tolerarlo junto a tí una noche en tu tienda? ¿Dónde está, Abraham, tú comprensión?" Y arrepentido Abraham se postró diciendo: "¡Perdóname, Señor! Perdona mi ofensa y permíteme reparar humildemente mi pecado!" Entonces Abraham abandonó su lecho, salió de su tienda y tomó el camino del desierto en busca del extranjero. Cuando lo hubo encontrado se solazó de contento y lo abrazó y le pidió perdón y lo condujo a su tienda en donde lo hizo acostarse y dormir. Al día siguiente lo despidió como a un her-

mano querido llenándole de gratitud el corazón. Abraham lo acompañó hasta el camino que conducía al desierto. Y mientras el extranjero desaparecía a su vista, Abraham decía ahogado de ventura: "Dios te bendiga, extranjero, y habita mañana en tu casa así como habita en la mía".

Un programa de trabajo y de vida es tan difícil de llenar, que resulta aventurado diseñarlo; pero como es preciso empezar por algo, escojamos para empezar lo que más está al alcance de nuestras manos y más está en nosotros hacer. Empecemos por saber tolerar. La tolerancia, principio de la libertad del pensamiento, es la virtud de saber oir y de saber callar; de saber discernir y de saber conceder; de saber dar y de saber recibir. La perfecta fraternidad no es posible concebirla sin la perfecta tolerancia. Yo deseo que sea esta virtud la que más nos acompañe sin cesar en nuestra vida, donde quiera que nos encontremos, con quien quiera que estemos. La tolerancia es el reverso de todos los fanatismos cualesquiera que sean sus manifestaciones y orígenes y nadie más que nosotros está obligado a observar y guardar esa virtud, ya que nuestras normas de conducta se basan en ese divino precepto, pues ningún instructor o escritor teosófico, cualquiera que sea su jerarquía social, intelectual y espiritual, tiene autoridad para imponer sus opiniones y enseñanzas. Miembros o no de la Sociedad Teosófica, todos gozan de la indiscutible libertad natural de adherirse al instructor, escuela o pensamiento que más le agrade y prefiera, porque ninguna filosofía o creencia implica el privilegio de ser seguida, ya que ninguna encierra en sí misma, completa, indudable y perfecta, lo único que el hombre debe seguir: la Verdad.

Comencemos desde hoy haciéndonos el propósito de tolerar y de cumplir.

Que la Paz de Dios sea siempre con nosotros.

He dicho.

Rafael Heredia Reyes

CÓMO VINO A MI LA TEOSOFÍA

Por C. W. Leadbeater.

(Concluye)

Después de uno o dos días en Colombo, reanudamos nuestro viaje en el "*Navarino*" y oportunamente llegamos a Madrás, para encontrar una gruesa marea que hizo nuestro desembarque un asunto bien poco placentero y hasta un tanto arriesgado. Años antes se había levantado un rompeolas, pero no resultó lo suficientemente fuerte para resistir la marejada provocada por el monsón, de manera que todo lo que quedaba de ello eran unos aislados montones de piedras. Y así, hubo que sacarnos del vapor en enormes botes de un tipo poco común. Los tablones con que estaban construidos no parecían estar clavados unos sobre otros del modo ordinario, sino como dijéramos "*cosidos*" con cable, de suerte que en los lados había un curioso vaivén; habiéndosenos dicho que este sistema de construcción les permitía resistir el impacto de la tremenda marejada mejor que si fueran más rígidos.

Los botes eran de gran calado y

los remeros con sus largos canaletes se encaramaban en cierto modo a los lados, sobre la regala misma del bote mientras los infortunados pasajeros se amontonaban en el hueco central, más abajo de los pies de los remeros, en lo que hubiera sido la bodega de la embarcación si ésta hubiese tenido puente.

Se comprenderá fácilmente que descender a una embarcación así, desde un vapor que pesadamente se bamboleaba en la rada abierta, (pues no había entonces, por supuesto, nada que semejara un puerto), requería una gran agilidad y era de veras una hazaña decididamente peligrosa, pues el bote algunas veces estaba al nivel de los baluartes del vapor por un momento e inmediatamente después veinte o treinta pies abajo, porque la mar estaba positivamente montañosa.

Tenía uno que saltar exactamente en el momento preciso y los más de los pasajeros, uno por uno, lo lograron, aún cuando con muchas sacudidas, haciéndose un lío, ignominiosa y poco airosamente, en el fondo del bote. Era obvio que esta clase de gimnasia resultaba imposible para Madame Blavatsky, y la única alternativa fué la de atarla cuidadosamente en una silla y bajarla por medio de la grúa ordinaria para la carga. Apenas necesito decir que no le hizo gracia la operación y creo que su lenguaje en esa vez sonrojó aún a los más rudos oficiales. Sin embargo, fué descendida y recibida con perfecta seguridad y aunque el procedimiento podía haber parecido poco decoroso, creo que algunos de nosotros casi la envidiamos.

Por fin estuvimos todos fuera de riesgo en el bote, muy mojados, pero por otra parte sin daño alguno. Tenemos que recordar que Madame Blavatsky regresaba a la India para refutar una serie de los más perversos y calumniosos cargos que contra ella habían enderezado los misioneros del Colegio Cristiano de Madrás; que estos llamados misioneros, confiadamente habían predicho que ella nunca podría regresar a hacer frente a tales imputaciones; y que, en consecuencia, al llegar, el pueblo hindú la consideraba como una heroina y una mártir, acudiendo por millares a recibirla y prodigarle una ovasión como podría habérsele otorgado a un general victorioso.

Los estudiantes del Colegio Pachiappa tomaban parte muy importante en la recepción, aparentemente como una demostración contra su rival el Colegio Cristiano de Madrás; y tal vez a ellos se debió la aparición en escena de una banda de músicos que tocaban varios instrumentos raros de la India, la mayor parte de ellos hasta donde me es posible recordar, de la familia de la flauta o del flageolet, aunque también había algunos tambores. Quienquiera que haya sido el encargado de la recepción, cometió el fatal error de mandar esta banda al vapor en aquel terrible bote "*masuli*", y como estuvieron sacudiéndose de un lado para otro en dicho bote cuando menos durante veinte minutos en una mar muy picada, mientras se hacían arreglos para descender a Madame Blavatsky y otros pasajeros resultó que se enfermaron todos de mareo y en lugar de recibir a nuestra Líder con alegres sones al venir bajando en su silla, se encontraban entonces gimiendo desoladamente en el fondo del bote.

Se nos condujo al costado de un muelle en el que desembarcamos con suma dificultad—de hecho algunos músicos de la banda tuvieron que ser alzados hasta el borde por sus amigos. A lo largo de ese muelle iba una línea de tranvías y había un sólo y anticuado carro, que, en circunstancias ordinarias era tirado por un

caballo; pero esa vez alrededor de una docena de los estudiantes más entusiastas tiraban del carro e insistían en llevar en triunfo a Madame Blavatsky a la ciudad, en medio de una gran multitud que la aclamaba. Un buen número de europeos había ido también a presenciar la diversión y se hallaban sentados en sus carruajes al final del muelle. Yo creo que los Oakley se sentían molestos siendo el centro de todas las miradas, y debo admitir que yo mismo estaba algo embarazado, pues la función toda era, para decir lo menos, poco decorosa; pero Madame Blavatsky aceptó este homenaje con gran dignidad, como cosa convenida y en realidad más bien parecía disfrutar de él.

Un detalle cómico se aumentó a la escena. Los infortunados miembros de la banda musical, todavía desesperados por las angustias del "mal-de mer", fueron formados frente al carro y se les ordenó que caminaran *hacia atrás*, delante de él no solo tocando fuertemente todo el tiempo, sino haciendo inclinaciones frente al carro al caminar. Me faltan palabras para describir ese extraño desfile; si la imaginación del lector es suficientemente poderosa, tal vez puede forjarse un cuadro mental de esos heróicos músicos, verdes todavía y bamboleantes como resultado del mareo, caminando, o más bien, tropezándose de espaldas; inclinándose profunda y constantemente; pero luchando con bravura por sacar unas cuantas notas de sus diversos instrumentos entre los espasmos de aguda molestia. Y esta rara procesión se abría paso a través de una muchedumbre apiñada que vociferaba locamente, todos agitando banderas y gritando con todas sus fuerzas. El muelle nos parecía mucho, muy largo, pero al fin llegamos al extremo que daba a la calle y encontramos que un simpatizante Maharaja había enviado un carruaje para recibir a Madame y conducirla al Pachiappa Hall, en donde oiría ella un discurso de bienvenida de los estudiantes.

Fuimos empujados hasta una plataforma donde se acomodó al Coronel Olcott y a Madame Blavatsky en dos sillones de brazos. El salón se hallaba repleto con exceso y el griterío tumultuoso impidió por completo el hablar durante algunos minutos. Por supuesto a todos se nos puso una carga de guirnaldas, según la amable y pintoresca costumbre india; y se hizo el intento de leer el discurso de bienvenida, por más que irreprimibles explosiones de entusiasmo hacían difícil oirlo. Luego se levantó el Coronel para contestar a nombre de Madame Blavatsky y hubiéramos creído que con su discurso se daría por terminada la función; pero había muchos otros hermanos hindúes que deseaban expresar su simpatía y su ardiente indignación por la atroz malevolencia de los misioneros.

Hubo una insistente demanda para que Madame Blavatsky hablara en persona y aún cuando comúnmente no hablaba ella en público, consintió al fin en hacerlo en esa especial ocasión. Naturalmente fue recibida con aplausos atronadores, los que duraron tanto que tuvo que sentarse de nuevo y esperar a que concluyeran. Cuando al fin se le permitió hablar, comenzó muy bien, diciendo cuán impresionada estaba por esa entusiasta recepción que le demostraba lo que siempre había sabido ella, que el pueblo de la India no aceptaría sin protesta esas viles, cobardes, aborrecibles y extremadamente abominables calumnias, circuladas por esos malvados. . .; y aquí se puso a emplear calificativos tan vigorosos que el Coronel tuvo que intervenir apresuradamente y de cierta manera la persuadió a que volviera a su asien-

to, mientras él se dirigió a un miembro hindú de la S. T. para que añadiera algunas observaciones.

Recuerdo con especialidad un discurso por extremo brillante, pronunciado por un joven abogado, Mr. Gyanendranath Chakravarti; no había tenido yo anteriormente idea alguna de la elocuencia e impecable dicción del orador indo de alta cultura. La recepción en el Pachiappa's Hall parecía casi interminable, pero al fin se nos permitió salir para Adyar y ví por primera vez La Residencia Central, que después llegué a conocer tan bien que aún ahora se me figura más en realidad mi hogar que cualquier otro sitio en el mundo. Hubo allí, por supuesto, otra recepción para Madame Blavatsky, y creo yo que aún su férrea voluntad debería estar por ese tiempo acercándose ya a su límite, pues el resto de la partida nos hallábamos casi por completo agotados, para poder apreciar la maravillosa escena.

La residencia Central de la S. T. a la cual llegué en el mes de diciembre de 1884, era muy diferente de la serie de edificios palaciales que hoy mira el visitante al atravesar el puente Elphinstone, saliendo de Madrás. El Coronel Olcott había comprado la propiedad precisamente hacía dos años y no empezaba aún la serie de alteraciones y extensiones que pronto irían a transformar enteramente los edificios. La propiedad comprendía entonces veintisiete acres y la casa era del tipo ordinario anglo-indio, no muy grande, pero bien edificada y cómoda; se hallaba flanqueada por dos pequeños pabeñones octogonales en los jardínes, de dos piezas cada uno; y contaba además con los establos y construcciones adyacentes que son usuales; complementadas, sin embargo, por un baño para inmersión.

Desgraciadamente no tenemos buenas fotografías de la Casa, tal como era entonces, si bien existe un pequeño grabado, recortado de cierta revista antigua, con una vista parcial. Algunas de las fotografías de la primera Convención, muestran pequeñas porciones de edificio.

Cuando lo visité por vez primera, existía en el primer piso un hall central cuadrado y dos cómodas habitaciones a ambos lados. Tras el hall había una especie de antesala y después una gran recámara, destinada sin duda a ser la habitación principal, pues era casi tan larga como la casa y daba a una gran terraza, sobre el río de Adyar. Aquel cuarto se usaba entonces como oficina del Secretario de Acuerdos de la Sociedad y del Gerente de *The Theosophist*, existiendo allí también el almacén de libros para venta, núcleo del cual se ha desarrollado la extensa negociación de la *Theosophical Publishing House*.

Según es costumbre en la India, toda la casa se hallaba cubierta por una azotea plana. Sobre este techo había, cuando la casa llegó a ser propiedad de la Sociedad, una gran pieza (dividida hoy en dos recámaras), y al salir hacia la escalera una pieza muy pequeña, en la cual vivía Damodar, una especie de covacha, con una ventana que miraba hacia el Oeste, sobre el gran puente. Al principio Mme. Blavatsky había ocupado la gran pieza de la azotea, pero no se hallaba completamente satisfecha con ella, por lo cual, durante su ausencia en Europa en 1884, se construyó para ella otro cuarto en el ángulo noroeste de la terraza y en este último fué en el cual estableció su residencia, cuando volvió a fines de 1884. El Coronel Olcott vivía por aquel tiempo en uno de los pabellones del jardín, el del lado oriental del edificio principal; el Dr. Franz Hartmann, ocupaba el bungalow oc-

togonal. A nuestra llegada de Europa encontramos ocupada y bien llena toda habitación disponible, por lo cual durante una o dos noches se me permitió el honor de dormir en el cuarto del Coronel, sobre un canapé.

Recuerdo haber despertado a media noche en cierta ocasión y haber visto al lado de la cama del Coronel, una figura alta, llevando en la mano una linterna, lo cual me sorprendió algo, puesto que sabía que la puerta estaba cerrada con llave. Me incorporé en el lecho, pero al ver que el visitante había despertado al Coronel, quien aparentemente lo reconoció, me recosté de nuevo, tranquilizado. Tras algunos momentos de viva conversación, la figura se desvaneció repentinamente, lo cual fué para mí el primer signo de que el visitante no pertenecía al plano físico. Como el Coronel, quien se había incorporado en la cama, prontamente se acostó de nuevo y se durmió, se me ocurrió que lo mejor para mí sería hacer lo mismo, pero a la mañana siguiente, me atreví a decir respetuosamente al Coronel lo que yo había visto. El me informó que el mensajero era Djwal Kul (actualmente un miembro de la Gran Fraternidad Blanca, quien por entonces era el principal discípulo y lugarteniente del Maestro Kuthumi), el mismo a quien yo había visto ya en el Hotel de Oriente en el Cairo, si bien en este caso la luz no fué demasiado fuerte para que yo pudiera reconocerlo.

Poco tiempo después, cuando Mme. Blavatsky salió para Europa, por deseo de ella, el Coronel Olcott tomó posesión del nuevo cuarto que para ella se había construido en la esquina de la terraza y el cual, desde entonces, ha sido siempre ocupado por el Presidente de la Sociedad. Las alteraciones que desde aquellos tiempos han sido hechas en este edificio, son de un carácter tan radical, que es prácticamente imposible para un visitante reconstruir en la actualidad, en su mente, la casa tal como era; y aun quienes la conocimos en aquellos días encontramos difícil delimitar sus contornos.

En el siguiente año, 1885, fué cuando el Coronel Olcott, hizo la primera gran modificación en ella, a fin de contar con un hall permanente, en el cual pudieran efectuarse los mitins de las Convenciones. La de 1884, que justamente iba a comenzar cuando yo llegué, tuvo lugar en lo que se llama *pandal* (una gran choza de paredes y techo de hojas de palmera), y fué a causa de los muchos inconvenientes que esto presentaba, así como los gastos, por lo que se determinó el Comité de la Sociedad a autorizar la construcción de un local más llevadero. Como es costumbre en la Sociedad Teosófica, la gran dificultad que encontramos fué el eterno problema financiero. Un edificio enteramente adecuado para nuestros propósitos hubiera costado, aun en aquellos lejanos días, Mil Libras Esterlinas por lo menos, y ni esperanzas había de que nos llegase semejante suma.

Pero la ingeniosidad del Coronel Olcott, fué igual al problema; él imaginó un plan para obtener un hall amplio y conveniente, suficiente para nuestras necesidades, por la sexta parte de aquel presupuesto. A lo largo del frente de la casa (frente al hall cuadrado que ya se describió antes, y a las piezas a ambos lados de él) se extendía la veranda india de rigor, como de unos cien pies de largo, por catorce de ancho. Al centro de ella, se proyectaba una puerta cochera, tras la cual se extendía el pasillo que llevaba hasta la casa. El piso de esta veranda, se hallaba a algunos pies sobre el nivel de aquel pasillo, y el Coronel Olcott mandó subir el nivel del piso hasta el borde

del pórtico, extendiéndolo a lo largo de ambas direcciones, con lo cual duplicó la anchura de la veranda. Elevó el techo como unos seis pies, construyó una pared al otro lado de la ampliada veranda y después edificó un nuevo pórtico y desvió hacia él la entrada del carruaje. De esta manera nos proveyó de un hall en forma de T, constituyendo la veranda de doble ancho la sección transversal y el hall cuadrado original, con la antesala que en él desembocaba, la crujía central. La plataforma para los oradores se colocó en el centro del travesaño, dando frente al antiguo hall cuadrado, de tal suerte que éste quedaba a la vista de los oradores y las nuevas extensiones a ambos lados. Este hall ha sido usado desde entonces para nuestras reuniones públicas; y se calcula que puede albergar cómodamente a mil quinientas personas, si bien en algunas ocasiones hasta dos mil trescientas han cabido dentro de él; y aún así, tantas veces ha tenido la gente que regresarse por no haber encontrado lugar, que desde hace algunos años renunciamos al intento de acomodar al auditorio dentro del hall y hemos efectuado nuestros mitins públicos, bajo el follaje del gran árbol banyan en los jardines Blavatsky.

Fácil es imaginar con qué enorme entusiasmo asistí yo a mi primera Convensión Teosófica; qué significó para mí encontrarme al fin en el suelo sagrado de la India entre los hermanos de piel oscura, de los cuales tantas cosas había escuchado (pudiendo ser cualquiera de ellos, según lo que yo sabía entonces, discípulo de alguno de nuestros benditos Maestros), *todos* los cuales, pensaba yo, deberían haber sido desde su niñez, estudiantes del Sagrado Conocimiento, sabiendo mucho más acerca de él que nosotros los occidentales. Yo venía bien preparado para mirar lo mejor de cada uno de ellos y para obtener el mejor provecho de todo; encontré la más cordial bienvenida de parte de todo aquel con quien me puse en contacto y en consecuencia me sentí inmensamente feliz. El número y la variedad de las nuevas impresiones que recibí fueron tan grandes, que casi me abrumaron; en efecto, apenas recuerdo vagamente las conferencias de aquellos días y a los hermanos, entonces desconocidos, que las sustentaron. El asunto principal de las conversaciones era el vergonzoso ataque que algunas gentes, que a sí mismas se llamaban misioneros cristianos, hicieron en contra de Mme. Blavatsky (si bien, posiblemente, nada pudiera ser más anti-cristiano que la campaña de falsedad y calumnias en la que tan ardiente y malignamente se habían empeñado).

Pronto me dí cuenta de que se hallaba muy dividida la opinión respecto a la mejor manera de refutar esos asquerosos libelos. Mme. Blavatsky, se encontraba llena de vívida indignación, ansiosa de perseguir a sus calumniadores ante los tribunales. Muchos de sus amigos y admiradores estaban de acuerdo con ella en ésto; pero aconteció que entre los más prominentes miembros hindúes de nuestra Sociedad hubiera un buen número de jueces, abogados y estadistas de prestigio, que pertenecían a los varios reinos semi-independientes de la India; y todos estos hombres por unanimidad opinaron que no se tomase tal medida pues sabían bien la extrema acrimonia del sentimiento anglo-indio en contra de la Sociedad Teosófica y declararon que sería absolutamente imposible que Mme. Blavatsky pudiese obtener justicia o que el juicio fuere llevado con buena fe. Por mi parte, no me hallaba en aptitud de ofrecer mi opinión sobre el particular; por lo cual nada voy a añadir, pero aconsejaría a mis lecto-

res que lo desearen, leer las páginas 190 a 195 del libro "Old Diary Leaves" del Coronel Olcott, en el cual encontrarán todas las razones aducidas para las conclusiones adoptadas por el Comité de Consejeros.

Otra consideración que creo pesó mucho para esta decisión, fué que sería por completo imposible evitar que el enemigo suscitara ante los tribunales el asunto de la existencia de nuestros venerados Maestros, al grado de que Sus nombres podrían quedar expuestos al tosco lenguaje de calumniadores faltos de escrúpulo, cuyo único objeto sería ocasionar el mayor disgusto posible a quienes Los amaban y Los seguían. Se convino en que tales sacrílegos comentarios habrían de suscitar entre todos los hindúes decentes tanto horror e indignación, que sería mucho mejor soportar cualquier suma de vileza, antes que poner en movimiento tan terrible corriente de infamia. El Coronel Olcott, que había sido abogado, agregó el peso de su influencia, fuertemente, de parte de esta más sagaz resolución; y al fin, de muy mala gana Mme. Blavatsky consintió en renunciar a su decisión.

Muchos de aquellos cuyos nombres resaltan prominentemente en mis recuerdos de la Convención de 1884, han muerto ya; y mencionarlos sería meramente compilar una lista de nombres, cuya mayor parte son desconocidos para la presente generación de teósofos. Aparecen en las memorias de nuestro Presidente fundador y se pueden ver fotografías de muchos de ellos en las series de memorias del *Theosophical Worthies*, que aparecieron hace algunos años en "The Theosophist" así como en la monumental obra del Sr. Jinarajadasa "*Libro de Oro de la Sociedad Teosófica*". Muchos de ellos fueron hombres de alta posición y noble reputación y estimo como un honor el haberlos conocido siquiera ligeramente. El Secretario de Acuerdos de la S. T. en aquel tiempo era un joven Mahratta Brahman, Damodar Keshub Mavalankar; y, hasta donde lo recuerdo, él y cierto Brahman sureño, fueron los únicos jóvenes que tomaron parte destacada en el trabajo, si bien muchos cientos de estudiantes acudían a las reuniones públicas.

Este joven Brahman sureño era algo así como un misterio; entiendo que su verdadero nombre era M. Krishnamachari; pero por el tiempo al cual me refiero, era comúnmente conocido como Babaji Darbhagiri Nath. Ahora bien, este era un nombre norteño y no del sur; y parecía según las referencias en uno de los libros del Sr. Sinnett, que realmente hubiera un Babaji Darbhagiri Nath en el norte de la India que tomó parte en la temprana historia de la Sociedad, pero con seguridad no fué la misma persona que yo ví en Adyar, pues allí se le describe como un hombre alto y de buen porte, en tanto que este joven era casi un enano. Parecía, por entonces, profundamente devoto de Mme. Blavatsky y cuando ella partió para Europa poco después, fué él uno de quienes la acompañaron; sin embargo, posteriormente, por alguna razón desconocida, se volvió contra ella y la atacó de la manera más grosera. Recuerdo que Mme. Blavatsky me escribió una carta quejándose amargamente de la vileza y malignidad de su acción; y el Maestro Kuthumi anotó dicha carta en su tránsito a través del Correo (como Ellos solían hacerlo a menudo en aquellos días), y decía que el pequeño hombre había fallado.

Por alguna razón u otra, tanto este joven como Damodar, usaban durante aquella Convención de 1884, un traje muy curioso, que constaba

principalmente de una larga casaca de seda con cuchillas alternadas de blanco y azul. Naturalmente se rumoraba por ahí que esto era una especie de uniforme prescrito para los chelas de los Maestros! Pero yo jamás he visto después a nadie usar tal indumentaria.

Poco después de que terminó la Convención, el Coronel Olcott, me pidió acompañarlo a una expedición para introducir la Teosofía en Burma. Creo que había recibido un mensaje de invitación de parte del Rey Tibó, o por lo menos, una sugestión de que el Rey tenía curiosidad de ver a un hombre blanco convertido en budista y que recibiría con gusto una visita de él. Por consiguiente tomamos pasaje a bordo del vapor "*Asia*" para Rangoon. Los vapores de la British India de aquel tiempo no eran como los de ahora, y así el "*Asia*" a lo sumo desplazaba mil doscientas o mil quinientas toneladas. Y no iban directamente hasta Rangoon entonces, sino que hacían escala en Masulipatam, Coconada, Vizagapatam y Vinlipatam, virando de este último lugar directamente a través del Golfo de Bengala.

El Capitán del "*Asia*" por aquellos tiempos era un antiguo compañero de colegio y tuve el agrado de navegar con él. Recuerdo que nos dijo que el mejor camarote del barco era el No. 11 y nos aconsejó que lo pidiéramos para nosotros, y así lo hicimos. Pero aquí viene un ejemplo de un pequeño fenómeno, trivial, pero bien curioso que parecía rondar en torno al Coronel. Sus discusiones con los *pandits* hindúes lo habían impresionado inmensamente acerca de la importancia del sagrado número siete; y el resultado fué que él siempre esperaba que se le presentara este número en toda clase de pequeños asuntos de la vida diaria. Podrá uno reirse de esta pequeña e inofensiva superstición a no ser por el hecho de que el número en cuestión realmente lo perseguía de la manera más extraordinaria. En *The Theosophist* de marzo de 1882, el escribe lo siguiente acerca de Mme. Blavatsky:

«Veo en el libro de Mr. Sinnett, la coincidencia de que ella llegó a New York el día siete de julio de 1873, es decir el séptimo día del séptimo mes del cuadragésimo segundo año de su vida (6 X 7) y que nuestro encuentro fué pospuesto hasta que yo cumplí el cuadragésimo segundo año de mi vida. También es de llamar la atención que élla muriese en el séptimo mes del año décimo séptimo de nuestra amistad teosófica. Agréguese a esto el otro hecho de que la Sra. Annie Besant, solicitó ante H. P. B. su ingreso a la Sociedad en el séptimo mes del año décimo séptimo después de su abandono final de la Comunión Cristiana (y cuando Mrs. Besant contaba también cuarenta y dos años) y tenemos aquí un curioso juego de coincidencias que tomar en cuenta. Mi propia muerte, cuando llegue, sin duda acaerá en un día que acentuará la fatalidad del número siete en la historia de nuestra Sociedad y de sus fundadores».

Su profesía fué exactamente cumplida, pues él murió a las siete horas diecisiete minutos, en la mañana del 17 de febrero de 1907.

Pero, como ya lo dije, éste número perseguía al Coronel, en su vida ordinaria, de una manera muy divertida. He viajado con él frecuentemente, y es un hecho que cada vez que él tomaba un boleto de ferrocarril o bien de tranvía jamás dejaba de aparecer el número siete; y si por alguna extraña casualidad no aparecía dicho número, entonces sumando las unidades del número daban siete, o un múltiplo de siete. En el caso al cual me he referido, nosotros soli-

citamos el camarote No. 11 y así fué anotado en nuestros boletos de pasaje, pero cuando llegamos a bordo el día de embarcarnos, mi amigo el capitán nos recibió con profusión de excusas; que el camarote No. 11 había sido anotado para otro pasajero, y que, por consiguiente, a nosotros se nos había transferido al No. 7!

Recuerdo también que en aquella misma expedición nos extraviamos un día, al pasar por los suburbios de Rangoon y luego, viendo en frente a un policía que estaba en el cruce de dos caminos, el Coronel observó que deberíamos preguntarle la dirección. Pero en cuanto estuvimos frente a él, el Coronel se vuelve y me dice al oído: "*Regardez le número*". Yo miré el número en el kepis de aquel hombre y me reí al ver que era el 77. No sé, lo más mínimo, qué signifique este curioso y pequeño fenómeno y por qué sucedía, pero puedo atestiguar que era un hecho; y el Coronel, si bien se reía de ello, con todo, medio creía en ello como una indicación de buena fortuna. Porque cuando abordábamos algún tranvía que tuviese este número místico o alguna repetición de él, solía exclamar: ¡Hola estoy seguro de que vamos a tener un buen mitin!

El encanto surtió efectos, por lo que hace a nuestro viaje a Burma, y nuestra permanencia en el país, fué llena de interés y de éxito. Rangoon era entonces una ciudad muy diferente de lo que es ahora, practicamente toda la ciudad consistía de casas de madera. Recuerdo que paramos en casa de Maung Htoon Oung, que vivía en lo que entonces era la extremidad de la calle Phayre y yo acostumbraba dar largos paseos a través de la selva, hasta los suburbios de Kemmendine e Insein, en uno de los cuales tuve la curiosa experiencia de llegar a estar cara a cara con un animal de la tribu de los leopardos, el cual me miró con ojos relampagueantes, por un espacio de tiempo que me pareció de muchos minutos, si bien probablemente no fueron más que treinta segundos, tiempo en que él decidió que yo era inofensivo y continuó su camino en paz.

Aconteció que se suscitara un grande interés por la exposición del Budismo hecha por el Coronel. Gran número de caballeros burmanos, se reunían cada tarde en las habitaciones de quien nos hospedaba, y frecuentemente había discusiones útiles y divertidas. El interés despertado no se limitó, sin embargo, a los nativos del país, había también una población considerable de Tamiles; y así como el Coronel podía, con fluidez, dar instrucción acerca del budismo, así podía él hablar igualmente bien a la población Tamil, acerca del Hinduismo. De igual manera, lo escuché dirigirse a un auditorio de persas, acerca del Zoroastrianismo; y como era obvio que el Coronel nunca fué universitario en sentido ordinario de la palabra con respecto a las escrituras orientales, le pregunté una vez cómo era que sin tener un conocimiento detallado, podía sin embargo exponer las doctrinas estas varias fés, y aportar, en cada caso, algo de luz nueva sobre éllas; luz que el pueblo no había recibido de sus propios Instructores. El replicó: "Mi querido amigo, por supuesto yo nada sé en detalle de estas religiones: pero conozco mi Teosofía, y encuentro que ésta siempre se adapta y explica toda cosa. Ellos proponen sus problemas, yo los escucho cuidadosamente y empleo mi sentido común". Por mi parte puedo testimoniar que este plan daba resultado.

También se relacionó el Coronel con algunos caballeros europeos y euroasiáticos que se hallaban sumamente interesados en los fenómenos

de mesmerismo; y como el propio Coronel era un potente mesmerizador, pronto reunió en su torno un pequeño grupo de estudiantes de esa fuerza. Pero no bien se iniciaba la buena marcha de todas estas actividades, cuando se llegó un telegrama de Damodar al Coronel, pidiéndole que retornase inmediatamente porque Mme. Blavatsky estaba enferma de peligro. Naturalmente él tomó el próximo vapor para regresar a Madrás, dejándome a mí de tratar de amalgamar estos disímbolos elementos, empresa algo difícil para un hombre que era por completo nuevo en esta línea particular de trabajo. Sin embargo hice lo mejor que pude, si bien dándome cuenta de que me faltaba el genio sutil del Coronel y su facilidad de exposición.

A su llegada a Madrás, encontró a Mme. Blavatsky en una condición muy seria; de hecho durante unos tres o cuatro días, me parece estuvo por completo inseguro de que élla recobrase la salud; mas, pasado ese tiempo su Maestro se le apareció, haciéndole aquella visita en la cual le propuso eligiera: o abandonar desde luego su organismo ya debilitado por extremo, o bien antes de desecharlo por completo usarlo todavía por un poco de tiempo, a fin de hacer otra obra. Parece que ésto sucedió varias veces en el curso de su carrera, habiendo ella preferido el sendero más arduo y recibiendo de El más fortaleza para proseguir su vida. En esta ocasión se mejoró ella tan repentinamente que consintió en que el Coronel regresase a Burma, y así retorno él en el mismo vapor que lo había llevado a la India, el vapor "*Oriental*". Difícilmente podría expresar el gozo que sentí al darle la bienvenida y al saber que Mme. Blavatsky se había repuesto de modo tan maravilloso.

El Coronel reasumió su trabajo con el mayor entusiasmo y formó no menos de tres distintas Ramas de la Sociedad: La Logia Shwe Dagon para los Burmados: la Sociedad Teosófica de Rangoon para los miembros Tamiles; y la Sociedad Teosófica del Irrawaddy para europeos y euro-asiáticos, estudiantes de mesmerismo.

La Shwe Dagon es la magnífica pagoda que se yergue sobre el contrafuerte de una de las colinas, en el suburbio de la ciudad, y se dice que contiene reliquias no solamente del Señor Gáutama-Buddha sino también de los tres Buddhas que le precedieron en este planeta. Es una maravillosa cúpula en forma de campana, que se eleva trescientos piés sobre su plataforma, la cual, a su vez, sobresale ciento sesenta y seis piés sobre los contornos Toda aquella enorme torre se halla recubierta de delgadas hojas de oro, que son constantemente renovadas; y así podemos facilmente imaginarnos que el efecto es espléndido y que la dagoba es un centro de mira en muchas millas alrrededor.

La plataforma mide 900 piés por 600 y contiene numerosos templitos, relicarios y piezas de descanso. En éllas se ven centenares de imágenes del Señor Buddha, que han sido obsequiadas por innumerables devotos desde el año 588 antes de Cristo, cuando comenzó la erección de esta dagoba; si bien se afirma que el lugar se consideraba como sagrado muchos siglos antes. Recuerdo el maravilloso efecto artístico que se produjo cuando una mañana, inmediatamente después de la salida del sol, el Coronel Olcott habló al pueblo desde aquella plataforma, estando de pié sobre lo alto de una escalinata y su auditorio sentado, en su manera peculiar, sobre el piso de la amplia plataforma. Los trajes de fiesta de los burmanos son talvez los de más brillante colorido en el mun-

do; el efecto de aquella congregación a los pies del Coronel tan sólo era comparable a una basta pradera de las más encendidas flores—algo así como lo que se puede ver en las campiñas a lo largo del camino de hierro en Holanda, en la estación en que florecen los narcisos de los prados y los tulipanes. Años más tarde, yo mismo he hablado en aquella plataforma y aun pude conferir el "pansil" a una gran multitud que allí se encontraba; y el efecto fué, igualmente, maravilloso.

Durante varias conversaciones prolongadas que el Coronel tuvo con quienes nos hospedaba y con otros amigos burmanos, todos hombres de edad y vecinos notables de la comunidad budista de Rangoon, el Coronel había llegado a dudar seriamente de la utilidad y la sabiduría de la visita acordada al Rey Tibó en su Capital de Mandalay, en el Norte. Nos refiere el Coronel en sus "*Old Diary Leaves*" que nuestros amigos estaban unánimes en atribuir al Rey un mal carácter, admitiendo, con pena, que era un tirano corrompido, un monstruo de vicio y de crueldad; y que el motivo que tuvo para invitarlo fué una mera curiosidad de ver a un budista blanco, mas no entusiasmo por la Religión Budista de la cual era tan indigno exponente. Se afirmaba también que la arrogante e injusta conducta del Rey al tratar con ciertos comerciantes ingleses, provocaría indudablemente una pronta declaración de guerra, lo que daría al traste con cualquier intento de introducir la Teosofía en sus dominios. Por tanto, el Coronel decidió cancelar nuestro proyectado viaje hacia el Norte y sustituirlo por otro a través del Sur de Burma, Assam, y Bengala. Aun este proyecto no hubo de realizarse por entonces, pues se nos llamaba urgentemente con la noticia de que Mme. Blavatsky había tenido una seria recaída.

Antes de reseñar nuestro viaje de retorno, debo de referirme a dos muy interesantes entrevistas. La primera fué con el Tha-tha-nabain, o Abad en Jefe de Mandalay, una especie de Arzobispo-Jefe de Iglesia, quien visitó Rangoon durante nuestra estancia allí y tuvo la deferencia de concedernos audiencia. Recuerdo haber permanecido sentado a la oriental por tres horas, en postura muy incómoda y fatigosa, por respeto al dignatario eclesiástico, mientras él se engolfó en una profunda discusión con el Coronel Olcott acerca de varios puntos de la doctrina budista. Por supuesto él no hablaba inglés, y así, cada frase tenía que ser interpretada, siendo a veces muy difícil llegar pronto a una comprensión mutua. Me parece, empero, que el sumamente hábil y algo escéptico anciano se mostraba satisfecho de darse cuenta de que nosotros realmente éramos budistas genuinos!

La otra entrevista fué asimismo con un dignatario eclesiástico, pero hombre de muy distinto tipo, —el gentil y santo Obispo Católico-Romano Bigandet, Vicario Apostólico para el Sur de Burma. Durante su larga permanencia en el desempeño de su puesto había llegado a interesarse profundamente por la religión del país y había escrito en valioso y simpático libro: "La Leyenda de Gáutama" que fué editado en dos volúmenes por Trübner en su "Serie Oriental". Por eso teníamos la seguridad de que, al ir a visitarlo, encontraríamos muchos puntos de contacto común, y no nos equivocábamos. Nos recibió muy afablemente, elogiando al Coronel Olcott por su "Catecismo Budista" acerca del cual dijo no haber libro más útil relativo a la religión de Sakyamuni. Nos aseguró enfáticamente que no tenía

duda alguna de la salvación de sus amigos y vecinos budistas, así como no la tenía respecto a él; y habló encomiásticamente de la probidad, benevolencia y buen carácter en general de los burmanos. El Coronel se sintió hondamente impresionado por el Señor Obispo y, poco acostumbrado al trato con gente de rango episcopal, persistía en darle el trato de "Vuestra Reverencia", en lugar del acostumbrado "Monseñor".

Salimos de Rangoon en el vapor inglés "*Himalaya*" y "*disfrutamos*" de un viaje lleno de peripecias. Debimos de partir bajo desfavorables influencias astrológicas, pues cada día, a medida que cruzábamos el Golfo de Bengala, con un tiempo perfecto, nos ocurría alguna pequeña desgracia A bordo iban varios misioneros y, como es bien sabido, los marineros de muchos países los consideraban como aves de mal agüero, que con seguridad les traen la de malas. Y así, antes de llegar a Bimlipatam, la tripulación se hallaba ya presa del terror y a punto de amotinarse. El primer día se habían roto las máquinas, pero como en aquellos tiempos casi todos los vapores llevaban también su equipo de velas, bogamos al impulso de la brisa y a la desesperante velocidad de dos nudos por hora hasta que se hicieron las reparaciones. El día siguiente un pasajero hindú cayó al mar desde la cubierta y el vapor tuvo que parar mientras se echaba un bote salva-vidas, y después, caminar en círculo hasta que el hombre fué recogido del agua. Un dato curioso fué lo que nos refirió el Coronel que, estando en París cinco meses antes, un clarividente le había descrito esta escena diciendo que lo veía (al Coronel) en un vapor que navegaba por remotos mares, que un hombre caía al agua, que el vapor detenía su marcha, que bajaban un bote y que el vapor se movía después en círculo. Como generalmente un vapor no camina en círculo a menos que se trate de regular sus brújulas, aquello impresionó al Coronel como algo raro y tomó nota minuciosa de la visión, sin esperar en lo más mínimo que resultase profética de un suceso en el que tomaría parte medio año después, al otro lado del mundo. El pasajero se salvó y el incidente no tuvo serias consecuencias, pero la tripulación seguía refunfuñando; y su nerviosidad pareció disculpable pues al día siguiente estalló el fuego a bordo, de manera inexplicable, entre el cargamento. Pronto lo extinguieron y el daño ocasionado fué leve, pero el sentimiento de malestar continuó para culminar al otro día cuando se descubrió un caso de viruela declarado entre los pasajeros del puente. Por fortuna avistamos las costas de la India muy temprano al día siguiente, antes de que otro revés de fortuna cayera sobre nosotros!

EL DEBER

El deber es aquello que *se debe* a la Humanidad, a nuestros semejantes, a nuestros vecinos, a nuestra familia y especialmente lo que debemos a todos aquellos que son más pobres y desamparados que nosotros. Esta es una deuda que, no satisfecha durante la vida, nos hace espiritualmente insolventes y crea un estado de quiebra moral en nuestra encarnación próxima. La Teosofía es la quinta esencia del *deber*...

Lo que llamáis "deberes cristianos" fueron inculcados por todos los grandes reformadores morales y religiosos, siglos antes de la Era Cristiana. No sólo se trataba antiguamente de todo lo que era grande, generoso y heroico, siendo objeto, como hoy día, de predicaciones desde el púlpito, sino que se *practicaba*, a veces por naciones enteras. La historia buddhista está llena de los actos más nobles y más heroicamente generosos. "Sed todos una sola voluntad; compadeceos el uno del otro; quereos como hermanos; sed misericordiosos, afables; no devolváis mal por mal, o injuria por injuria, sino al contrario, sed bondadosos". Observaban prácticamente estos preceptos los discípulos de Buddha, algunos siglos antes de Pedro. Es grande, sin duda, la ética del Cristianismo; pero también es innegable que no es nueva y que nació del mismo modo que los deberes *paganos*...

Los que practican su deber hacia todos y sólo por el deber mismo, son pocos; y aún son menos los que cumplen este deber, contentándose con la satisfacción de su propia conciencia...

Hermosa, para leída y discutida, es la ética moderna; pero ¿qué son las palabras si no se convierten en actos? Finalmente: si me preguntáis de qué modo comprendemos el deber teosófico puesto en práctica y con relación a Karma, puedo contestaros que nuestro deber es deber, sin una queja, hasta la última gota de cualquier contenido que el destino nos ofrezca en la copa de la vida; coger las rosas de la vida tan sólo por el aroma que puedan exhalar *para los demás*, y contentarnos nosotros únicamente con las espinas, si no podemos gozar de aquel aroma sin privar a otro de él...

No se trata de lo que nosotros, miembros de la Sociedad Teosófica hacemos—aunque algunos de nosotros hacen cuanto pueden;—de lo que se trata es de si nos lleva la Teosofía más lejos en el camino del bien que lo hace el Cristianismo moderno. ¡La acción esforzada y leal es lo que digo, no la simple intención y las palabras! Un hombre puede ser lo que se le antoje, el más mundano, egoísta y duro de todos los hombres, y hasta el bribón más grande y esto no le impedirá llamarse cristiano, ni tampoco a otro considerarle como tal. Pero ningún teosofista tiene derecho a este nombre, como no esté perfectamente imbuído de la exactitud del axioma de Carlyle: "El objeto del hombre es un *acto* y no un *pensamiento*, aunque fuese éste el más noble"; y como no amolde su su vida diaria a esta verdad...

La felicidad, o mejor dicho, la satisfacción, puede ciertamente resultar del cumplimiento del deber, mas no es ni debe ser el motivo para ello.

H. P. BLAVATSKY

LOGIAS DE LA SOCIEDAD TEOSOFICA CENTROAMERICANA
(Centroamérica y Colombia)

Secretario General: MARIANO L. CORONADO.

Apartado 568 —:— San Jose, Costa Rica C. A.

Cable: "TEOSOFIA"

LOGIAS

"ALBA LUZ"	Carlos J. Carreño. Bucaramanga, Colombia.
"ALETHEIA"	Gral. Max. H. Martínez. San Salvador, El Salvador.
"ARCO IRIS"	Guillermo Vengoechea. Apartado 539. Bogotá, Colombia.
"DARLU"	Doctor Francisco G. Miranda. Granada, Nicaragua.
"DHARANA"	Marco Aurelio Zumbado. San José, Costa Rica.
"EUCARAS"	Doctor Juan G. Aburto. 2ª Calle Sur Nº 4. Managua, Nicaragua.
"GNOSIS"	Honorio Silva. Apartado 60. Guatemala, República Guatemala.
"JINARAJADASA"	Doctor José T. Olivares. 1ª Calle Noroeste Nº 932. Managua, Nicaragua.
"KOOT - HOOMI"	Inés v. de Fopp. Apartado 60. Guatemala, República Guatemala.
"LUZ DEL VALLE"	Nazario Lalinde. Cali, Colombia.
"MAITREYA"	José Espinoza. Rivas, Nicaragua.
"PRATIBHA"	Isidro de J. Olivares. Apartado Nº 9. Managua, Nicaragua.
"SIRIO"	Dídima Sánchez. Alajuela, Costa Rica.
"SUBIRANA"	Doctor Salvador Moncada. Tegucigalpa. Honduras.
"TEOTL"	Mariano Castro González. San Salvador, República El Salvador.
"VIRYA"	Hermógenes Rodríguez. San José, Costa Rica.
"VOTAN"	Doctor Juan F. Orozco. San Salvador, República El Salvador.

PERMANENTE

La publicación de esta revista es sostenida por un grupo pequeño de teosofistas y su distribución es gratuita.

Cualquiera ayuda que Ud. desee dar para "Virya" será alegremente recibida. Envíela a:

Editor de la Revista "Virya",

Apartado 568, San José, Costa Rica.

LA SOCIEDAD TEOSOFICA

La Sociedad Teosófica fue fundada en Nueva York, el 17 de Noviembre de 1875, por la señora H. P. Blavastky y por el Coronel H. S. Olcott. Su existencia legal fué concedida el 3 de Abril de 1905 en Adyar—Madras—(India), ciudad en la cual tiene su Sede General y donde reside su actual Presidente, señora Annie Besant.

Esta Sociedad es una agrupación de personas que aspiran a investigar la Verdad y a servir a la humanidad; su objeto es contrarrestar el materialismo y hacer vivir las tendencias religiosas.

Los fines que persigue son los siguientes:

1º—Formar un núcleo de Fraternidad Universal de la Humanidad, sin distinción de raza, creencia, sexo, casta o color.

2º—Fomentar el estudio comparativo de las religiones, filosofías y ciencias.

3º—Estudiar las leyes inexplicadas de la Naturaleza y las fuerzas latentes en el hombre.

La Sociedad Teosófica está compuesta por estudiantes que pertenecen a cualquier religión del mundo, o a ninguna de ellas. Están unidos por la aceptación de los principios más arriba expuestos; y por el deseo de eliminar antagonismos religiosos y de agrupar a los hombres de buena voluntad para estudiar las verdades religiosas, compartiendo con los demás los conocimientos adquiridos.

El lazo que los une no es una creencia, sino la investigación, la aspiración a la Verdad. Están convencidos de que la Verdad debe ser buscada por medio del estudio, por la meditación, por la pureza de vida, por la devoción hacia altos ideales y consideran que la Verdad es un premio cuya obtención merece cualquier sacrificio y no un dogma que debe imponerse por la fuerza.

Ellos consideran que la creencia debe ser el resultado del estudio individual o de la intuición y no de presiones externas; que debe basarse sobre el conocimiento y no sobre afirmaciones. Procuran tener amplia tolerancia para todos, aún para el intolerante, y al practicarlo no creen hacer una concesión, solo saben que cumplen con su deber. Tratan de concluir con la ignorancia, pero no la castigan.

Consideran cada religión como una expresión de la Divina Sabiduría y prefieren estudiarlas a condenarlas. Su palabra de orden es Paz y la Verdad su aspiración.

La *Teosofía* es el conjunto de verdades que forma la base de todas las religiones y que ninguna de ellas puede reclamar como de su exclusiva pertenencia.

Ofrece la filosofía que hace comprensible la vida, y demuestra la justicia y el amor que guía su evolución. Da a la muerte su verdadera importancia, demostrándonos que no es más que un incidente en una vida infinita, que nos abre las puertas de una existencia más radiante y completa.

Restaura en el mundo la Ciencia del Espíritu, enseñándole al hombre a reconocer al Espíritu dentro de si mismo, y a considerar su cuerpo y su mente como servidores del Espíritu.

Esclarece las Escrituras y doctrinas de las religiones, explicando su significado oculto, y las hace así aceptables a la inteligencia.

Los miembros de la Sociedad Teosófica estudian estas verdades y como teósofos tratan de vivirlas. Cada persona que desee estudiar, que quiera ser tolerante, que aspire hacia lo Alto, que desee trabajar con perseverencia, es bien recibida como socio, siendo de su exclusivo empeño el transformarse o no en un verdadero teósofo.

LIBERTAD DE PENSAMIENTO

Habiéndose esparcido la Sociedad Teosófica por todos los ámbitos del mundo civilizado y habiéndose afiliado a ella miembros de todas las religiones sin renunciar a los dogmas especiales de sus fes respectivas, se cree conveniente hacer resaltar el hecho de que no hay doctrina ni opinión, sea quien fuere quien la enseñe o sostenga, que de ningún modo puede ser obligatoria para ningún miembro de la Sociedad, pudiendo cada cual aceptarlas o rechazarlas todas libremente.—La única condición precisa para al admisión es la aceptación del primero de los tres objetos de la Sociedad. Ningún instructor ni escritor, desde H. P. Blavatsky para abajo, tiene autoridad alguna para imponer sus opiniones o enseñanzas a los miembros.—Cada miembro tiene igual derecho para adherirse a cualquier instructor o escuela de pensamiento que él desee elegir, pero no tiene ningún derecho a imponer a otros el escoger como él.—A ningún candidato a un puesto oficial ni a ningún elector se le puede negar su derecho a la candidatura o al voto por causa de las opiniones que pueda sostener o porque pertenezca a determinada escuela de ideas. Las opiniones y creencias no crean privilegios ni acarrean castigos.—Los miembros del Consejo Administrativo ruegan encarecidamente a todo miembro de la Sociedad Teosófica que mantenga y defienda estos principios fundamentales de la Sociedad y amolde a ellos su conducta y que también ejerza sin ningún temor su propio derecho a la libertad de pensamiento y a su amplia expresión dentro de los límites de la cortesía y de la consideración a los demás